

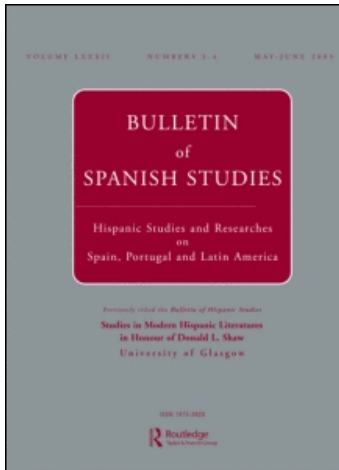
This article was downloaded by: [informa internal users]

On: 23 May 2011

Access details: Access Details: [subscription number 755239602]

Publisher Routledge

Informa Ltd Registered in England and Wales Registered Number: 1072954 Registered office: Mortimer House, 37-41 Mortimer Street, London W1T 3JH, UK



Bulletin of Spanish Studies

Publication details, including instructions for authors and subscription information:

<http://www.informaworld.com/smpp/title~content=t713406790>

De Pelayo a *Belay*: la batalla de Covadonga según los historiadores árabes

David Arbesú^a

^a Augustana College, Illinois

Online publication date: 09 May 2011

To cite this Article Arbesú, David(2011) 'De Pelayo a *Belay*: la batalla de Covadonga según los historiadores árabes', Bulletin of Spanish Studies, 88: 3, 321 – 340

To link to this Article: DOI: 10.1080/14753820.2011.574357

URL: <http://dx.doi.org/10.1080/14753820.2011.574357>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

Full terms and conditions of use: <http://www.informaworld.com/terms-and-conditions-of-access.pdf>

This article may be used for research, teaching and private study purposes. Any substantial or systematic reproduction, re-distribution, re-selling, loan or sub-licensing, systematic supply or distribution in any form to anyone is expressly forbidden.

The publisher does not give any warranty express or implied or make any representation that the contents will be complete or accurate or up to date. The accuracy of any instructions, formulae and drug doses should be independently verified with primary sources. The publisher shall not be liable for any loss, actions, claims, proceedings, demand or costs or damages whatsoever or howsoever caused arising directly or indirectly in connection with or arising out of the use of this material.

De Pelayo a *Belay*: la batalla de Covadonga según los historiadores árabes

DAVID ARBESÚ

Augustana College, Illinois

Se sublevó en tierras de Galicia
un asno salvaje llamado Belāy.

Ibn Ḥayyān

La historia del rey Pelayo y la batalla de Covadonga es, qué duda cabe, una de las leyendas más importantes de la historiografía hispánica. Al igual que el mito del conde don Julián y La Cava se forjó para intentar explicar la incomprensible *pérdida de España* a manos de los árabes allá por el año 711, la leyenda de Pelayo se constituyó casi desde sus inicios como su contrapartida, es decir, como estandarte de lo que después se llamó la *restauración de España*. Su leyenda surge necesariamente como respuesta a la desaparición de la monarquía goda, y se utiliza desde un principio como herramienta política e ideológica de unos monarcas que, en su empeño por legitimar su reino, necesitaban una batalla, un milagro y un héroe fundacional como piedra de toque de toda su historiografía posterior. Así, que sepamos, los primeros testimonios de su historia no surgen al calor de la batalla, sino aproximadamente ciento cincuenta años más tarde, cuando el *scriptorium* de Alfonso III se esforzará por legitimar su posición frente al resto de la Península, los reinos musulmanes y la iglesia de Toledo. La validez de la naciente monarquía en Asturias dependía, en todo caso, de su continuidad respecto a los monarcas godos, como si la invasión árabe hubiera sido únicamente un episodio histórico más que lamentar. Es entonces cuando se recoge todo el material existente sobre la figura de Pelayo y se inserta en las crónicas la historia de un rey que, gracias a la intervención divina, logró derrotar con unos pocos a un ejército de 187.000 soldados, poniendo punto y final a la expansión árabe

en la Península y comenzando los casi ocho siglos del proceso que conocemos como Reconquista.¹

Lo interesante de esta leyenda es que, aparte de la versión oficial asturiano-leonesa-castellana, existe otra versión paralela que se ha conservado exclusivamente en crónicas árabes. Comparadas con el elaborado relato de las crónicas del norte,² las noticias que sobre Pelayo y Covadonga encontramos en las crónicas árabes no aportan, que digamos, datos de especial relevancia. Es quizás por eso que la crítica siempre las ha marginado, y desde los estudios de Claudio Sánchez-Albornoz no se les ha vuelto a prestar demasiada atención.³ Sin embargo, los relatos árabes son de extraordinario interés documental, ya que no sólo atestiguan la existencia del caudillo ástur y la importancia que su pequeña rebelión llegó a alcanzar en siglos posteriores, sino que también ofrecen una versión paralela (y muy distinta) de lo que en manos de los cronistas del norte se convirtió—con el tiempo—en el *mito fundacional de la nación*.

Vaya por delante que poner orden en el entramado de crónicas árabes que hacen referencia a la misteriosa figura del rey Pelayo no ha sido labor sencilla. Como en el caso de las crónicas cristianas, la accesibilidad de estos textos es muy limitada, y las referencias son en ocasiones tan parecidas que es difícil distinguir unas de otras. Además, muy a menudo han sido los historiadores los que han complicado una labor ya de por sí harto difícil. Al igual que los cronistas cristianos interpolaron datos sin apoyo documental alguno, también para las crónicas árabes se ha extendido algún que otro rumor sin base documental.⁴ El más significativo, por citar únicamente un ejemplo, concierne nada menos que el origen

1 Quisiera agradecer los comentarios y sugerencias de los lectores escogidos por el *Bulletin of Spanish Studies* para revisar este artículo, que han contribuido a mejorar considerablemente la calidad del manuscrito original. Me es obligado reconocer también la ayuda prestada por mi colega Cyrus Ali Zargar, sin cuya generosa colaboración no habría podido ofrecer aquí los títulos originales de las fuentes árabes consultadas.

2 La versión oficial de esta leyenda se encuentra en la *Crónica Albeldense* y en las dos versiones de la *Crónica de Alfonso III*, la *Rotense* y la *Ad Sebastianum*, todas ellas escritas a finales del siglo IX. No es nuestro propósito examinar aquí la historia según las fuentes cristianas, que sería objeto de otro estudio aparte.

3 En particular, véase Claudio Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, ed. J. M. Gómez-Tabanera (Madrid: Istmo, 1993 [1ª ed. 1942]); 'Otra vez Guadalete y Covadonga', *Cuadernos de Historia de España*, 1-2 (1944), 11-114; *Investigaciones sobre historiografía hispana medieval: siglos VIII al XII* (Buenos Aires: Instituto de Historia de España, 1967); y, cómo no, *Orígenes de la nación española: el reino de Asturias*, 2 vols (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1972).

4 En las crónicas cristianas, por ejemplo, aparecen como datos reales la reconquista de León por parte de Pelayo, su peregrinación a Tierra Santa, su participación en el traslado de reliquias de santos, o incluso el haber colaborado en la traslación del Arca Santa junto al obispo Juliano. Varios de estos datos todavía se aceptan hoy como reales.

de Pelayo, afirmando que los árabes se referían a este monarca como *Belay al-rumi*.⁵ Como en la mayoría de los casos, esto no es más que una fantasía que únicamente se encuentra, en palabras de Eduardo Saavedra, 'en los textos forjados por el falsario falsamente llamado Faustino de Borbón, quien lo insertó en [...] sus *Cartas para ilustrar la España árabe*'.⁶ Ríos de tinta han corrido acerca de esta supuesta filiación del monarca.

La importancia de las crónicas árabes se hace evidente una vez que se han traído a colación los testimonios de todas ellas. Sin embargo, es necesario advertir que para tener en cuenta todos y cada uno de los testimonios árabes sobre Pelayo y/o la Batalla de Covadonga es necesario recurrir a textos que, en el caso más extremo, están separados por más de seiscientos años, con lo que la distancia temporal es, en ocasiones, enorme. Lo que da coherencia al testimonio de todas estas crónicas, no obstante, no es el hecho de que estén escritas en árabe, sino que—como veremos al final de este artículo—todas ellas se hacen eco del mismo episodio. En otras palabras, sólo tras el análisis de todas estas crónicas (por alejadas que estén unas de otras) podemos concluir que la multiplicidad de cronistas árabes que atestiguan la rebelión de Pelayo no representa una variedad de testimonios distintos, como a menudo se ha supuesto, sino que todos parecen remitir a un original compartido. En segundo lugar, que este 'relato original' de la batalla de Covadonga no se ha conservado hoy día, pero muy probablemente se encontrara en un episodio perdido de lo que se ha venido llamando la *Crónica del Moro Rasís*, es decir, el *Akhbār Mulūk al-Andalus* (أخبار ملوك الأندلس) de Ahmad ibn Muḥammad al-Rāzī (887–955).⁷ Y, por último, que una comparación entre las distintas crónicas pone en evidencia que los testimonios árabes—en apariencia tan fieles a una realidad desmitificada—podrían ser de naturaleza tan fabricada como los maravillosos relatos del norte.

Para el tema que nos interesa las crónicas árabes entrañan una dificultad añadida que todas ellas comparten. En demasiadas ocasiones los cronistas árabes (como los cristianos también) confunden fechas y acontecimientos, y para la batalla de Covadonga, por ejemplo, la insistencia de los gobernadores de Córdoba en aplastar la rebelión en el norte dio lugar, en palabras de Eduardo Saavedra, a que 'cada campaña y cada derrota fueran tomadas sucesivamente por la primera, dando origen a otros tantos puntos de partida

5 Pelayo el romano (o quizás el cristiano), en oposición a un posible origen goda. Para este artículo, transliteramos Pelayo como *Belāy*, pues así lo han hecho la mayoría de autores hasta el momento, aunque conviene indicar que *Balāy* sería una transliteración más correcta.

6 Eduardo Saavedra, *Pelayo: conferencia dada el 6 de febrero de 1906 en la Asociación de Conferencias de Madrid* (Madrid: Tipografía Española, 1906), 27.

7 Para la transliteración de los nombres árabes sigo el sistema utilizado por el *International Journal of Middle East Studies*. De nuevo me es obligado reconocer aquí la ayuda prestada por mi colega Cyrus Ali Zargar.

para el reinado del glorioso restaurador de la patria, y a indecible confusión en la cronología'.⁸ Así, encontraremos numerosas referencias al momento en el que se produjo la batalla, pero pocas veces los cronistas se pondrán de acuerdo. Al referirse a este suceso, además, las crónicas suelen referirse en general a la conquista de *Galicia*, aunque es necesario aclarar que con este término los árabes se referían a la antigua *Gallaecia* romana, que comprendía todo el noroeste de la Península Ibérica, incluyendo Galicia, Asturias y León.⁹

De todos modos lo más interesante de las crónicas árabes es su total oposición a las cristianas a la hora de narrar el alzamiento pelagiano. En palabras de Juan Ruiz de la Peña, haciendo un balance entre los testimonios cristianos y los árabes 'hallamos las acostumbradas exageraciones de los vencedores y el disimulo de los derrotados',¹⁰ aunque también es cierto que varios autores árabes son conscientes de la importancia que tuvo ese modesto comienzo de lo que luego acabaría convirtiéndose en el Reino de Asturias. De la narración de los milagros en Covadonga y la presencia de un *Pelagius plenus gratia Dei* de las crónicas cristianas, pasamos a la relación de una mera expedición de castigo que culmina con la derrota cristiana a excepción—eso sí—de treinta rebeldes a los que ni siquiera merecía la pena atacar.

La primera de las crónicas redactadas en el sur de la Península se distingue de todas las demás por el idioma en el que está escrita (latín), por su temprano año de composición (754), y por el hecho de que su autor no era un cronista árabe, sino un mozárabe, muy probablemente 'un clérigo de la iglesia de Toledo, acaso oriundo de Córdoba'.¹¹ No está claro, además, que contenga ninguna referencia a la batalla de Covadonga, pero he querido tenerla en cuenta por razones de exhaustividad y como punto de partida para el análisis de las crónicas no compuestas en el norte. Me refiero a la conocida como *Crónica mozárabe de 754*, atendiendo al año en el que se compuso,

8 Eduardo Saavedra, *Estudio sobre la invasión de los árabes en España* (Madrid: El Progreso Editorial, 1892), 141.

9 De acuerdo con Joaquín González Echegaray, 'La Nota de Cantabria del código emilianense 39 y las citas medievales de Cantabria', *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, 40 (1976–1977), 61–86: 'es el propio Isidoro, también en su obra *Etimologías*, quien, al hablar del concepto de *provincias*, pone el ejemplo de Galicia, de la que forman parte Cantabria y Asturias: *Regiones partes sunt [...] sicut in Gallaecia: Cantabria, Asturia* (XIV, 6, 21). Además, podría suponerse que la cita de San Isidoro estuviera en relación con otra de Orosio que dice textualmente: *Cantabri Asturesque Gallaeciae provinciae portio sunt* (VI, 21, 2) (77). Para la división territorial de los árabes, véase la edición de Emilio Lafuente Alcántara, *Ajbar maymu'a. Colección de obras árabicas de historia y geografía que publica la Real Academia de la Historia* (Madrid: Rivadeneyra, 1867): 'algunas veces distinguen a los ástures y hablan especialmente de esta región, pero lo más general es entre ellos indicar con el nombre de Galicia toda esta parte, que constituía el reino cristiano en los primeros tiempos, así como llamaban Álava y las Castillas a lo que posteriormente formó el condado de Castilla, comprendiendo no sólo Castilla la Vieja, sino una gran parte de las provincias Vascongadas' (253).

10 Juan Gil, *Crónicas asturianas* (Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Univ. de Oviedo, 1985), 39.

11 Claudio Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, 24.

aunque nombres no le han faltado a lo largo de su historia crítica.¹² Aunque no se conoce su autor, lo que sí sabemos es que fue escrita en el año que le da título, 'probablemente en una zona del sureste peninsular'.¹³ Además, el testimonio que nos ha legado de la conquista de la Península Ibérica permite agruparla junto al resto de crónicas árabes, precisamente por la fuerte presencia de elementos fantásticos. En palabras de Manuel C. Díaz y Díaz, 'la presencia de leyendas y la importancia que se da a la conquista árabe de España exigen la autoría de un mozárabe'.¹⁴ En efecto, de todas las crónicas de esta época es la que hace más explícito su desmesurado apoyo al bando del rey Witiza (en oposición a las crónicas cristianas, que apoyan a Rodrigo). La devoción del anónimo mozárabe por este rey le lleva incluso a afirmar que su reinado fue de gran esplendor, y que toda España estaba regocijándose llena de alegría,¹⁵ aspecto que tampoco es de extrañar si consideramos la política de tolerancia religiosa que llevó a cabo este monarca, y que las crónicas cristianas posteriores interpretaron de manera muy distinta. De todas formas, esta crónica nos interesa por un pasaje que la crítica ha identificado como una descripción de la batalla de Covadonga que conviene destacar. De referirse realmente a la insurrección de Pelayo, la narración de los hechos estaría fuera de lugar, ya que la crónica relata acontecimientos de la era 772 [año 734], al menos doce años después de la fecha más tardía postulada para la batalla. El anónimo mozárabe relata que en esta era,

al ser reprendido el ya nombrado 'Abdelmelic por una orden del príncipe, porque nada provechoso obtenía con una victoria militar sobre los francos, inmediatamente sale de Córdoba con todo su ejército; se propone arrasar las montañas pirenaicas habitadas, y dirigiendo su expedición por lugares angostos no consigue nada favorable. Atacando aquí y allá con su poderoso ejército los lugares imprescindibles, se retira al llano y vuelve a su patria por lugares inciertos, después de haber perdido muchos

12 Francisco Berganza, *Antigüedades de España* (Madrid: n.p., 1729), la llamó *Crónica del pacense*, ya que la suponía escrita por el obispo Isidoro de Pax Iulia (Badajoz). Así también la denominó Enrique Flórez, *España sagrada: Teatro geográfico-histórico de la iglesia de España* (Madrid: M. F. Rodríguez, 1747-1918). Siguiendo la edición de Jules Tailhan, *Anonyme de Cordoue. Chronique rimée des derniers Rois de Tolède et de la conquête de l'Espagne par les Arabes* (Paris: E. Leroux, 1885), se la conoció como *Anónimo de Córdoba*. Theodor Mommsen, *Chronica minora saec. IV.V.VI.VII* (Munich: Monumenta Germaniae Historica, 1981 [1ª ed. 1892]), la rebautizó como la *Continuatio Isidoriana Hispana*, ya que según él esta crónica sería una continuación de la obra de San Isidoro. Finalmente, en la edición de Juan Gil Fernández, *Corpus Scriptorum Mozarabicorum* (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1973), aparece ya con el nombre de *Chronica Mozarabica*. Consulto también la edición de José López Pereira, *Crónica mozárabe de 754: edición crítica y traducción* (Zaragoza: Logi, 1980).

13 José López Pereira, *Crónica mozárabe de 754*, 17.

14 Manuel C. Díaz y Díaz, *De Isidoro al siglo XI: ocho estudios sobre la vida literaria peninsular* (Barcelona: El Albir, 1976), 211.

15 López Pereira, *Crónica mozárabe de 754*, 64-65.

guerreros, teniendo que reconocer el poder de Dios a quien habían pedido misericordia los pocos cristianos que ocupaban las cumbres.¹⁶

A pesar de que los datos ofrecidos por el cronista no permiten identificar el lugar de la batalla, cuya fecha se acerca bastante más a la derrota árabe en Poitiers (c.732) que a Covadonga, gran parte de la crítica cree posible que los acontecimientos narrados por la *Crónica mozárabe* se correspondan con la gesta de Pelayo. Ya en 1615 el obispo Sandoval se fijó en este episodio en su edición—la primera—de esta crónica, apuntando al margen las palabras ‘*Fortais haec expeditio fuit contra Pelagium, et qui in Cobadonga se receperunt*’.¹⁷ Sin embargo, a finales del mismo siglo Joseph Pellicer negó esta interpretación, concluyendo que la *mozárabe* no hablaba de Covadonga. Apoyado en el silencio de esta crónica, y considerando también la datación tardía que la *Crónica Albeldense* asigna a la revuelta de Pelayo, Pellicer retrasó la fecha de la batalla hasta los años 747–748.¹⁸ Los argumentos de Pellicer tuvieron eco en los apéndices de Noguerras a la *Historia* del Padre Mariana, y sobre todo en la obra de Juan F. Masdeu,¹⁹ pero su tesis sucumbió finalmente ante los ataques de Risco, Govantes y Caveda.²⁰

Más recientemente se han pronunciado favorablemente a la identificación de este pasaje con Covadonga Justo Pérez de Urbel, Juan Gil, José López Pereira o Luis García Moreno.²¹ Por el contrario, se opone a esta interpretación Lucien Barrau-Dihigo,²² y según Claudio Sánchez-Albornoz la crónica no hablaría a las claras de Covadonga, ‘pero no estamos seguros de que no hablase del caudillo y de la victoria en las hojas que faltan en el manuscrito de la crónica o en el epítome que el autor escribió, según confesión propia, y que por desgracia se ha perdido’.²³ Además, según este mismo crítico, es posible que la crónica aludiera a la lucha de los musulmanes en Asturias en un pasaje donde cuenta que ‘Anbasa [Anbasa ibn Suhaym al-

16 Original latino y traducción en López Pereira, *Crónica mozárabe de 754*, 102–03.

17 Juan Gil, ‘Para la edición de los textos visigodos y mozárabes’, *Habis*, 4 (1973), 189–234 (p. 230, n. 39); Jose María Escandón, *Historia monumental del heroico rey Pelayo y sucesores en el trono cristiano de Asturias* (Oviedo: Arpa, 2000 [1ª ed. 1862]), 76.

18 Joseph Pellicer de Ossau Salas y Tovar, *Anales de la monarquía de España después de su pérdida* (Madrid: n.p., 1681), 133, 151 y 157.

19 Juan F. Masdeu, *Historia crítica de España y de la cultura española*, 20 vols (Madrid: A. de Sancha, 1793), XII, 52 y ss.

20 Gil, ‘Para la edición de los textos visigodos y mozárabes’, 229.

21 Justo Pérez de Urbel hace lo propio en *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal. España cristiana, comienzo de la reconquista (711–1038)*, ed. Ramón Menéndez Pidal, 65 vols (Madrid: Espasa-Calpe, 1956), VI, 29. Expresan idéntica idea Gil, ‘Para la edición de los textos visigodos y mozárabes’, 230; López Pereira, *Crónica mozárabe de 754*, 103, n. 38; o Luis A. García Moreno, ‘Covadonga, realidad y leyenda’, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 194:2 (1997), 353–80 (p. 375).

22 Lucien Barrau-Dihigo, ‘Recherches sur l’histoire politique du royaume asturien (718–910)’, *Revue Hispanique*, 52:121 (1921), 206–308.

23 Sánchez-Albornoz, *Investigaciones*, 194–95.

Kalbī] obtuvo una importante victoria sobre los españoles, pero esta hipótesis es muy aventurada.²⁴ Jules Tailhan sería también de la misma opinión, pero su interpretación es algo extraña. Está de acuerdo en que la *Crónica mozárabe* relata los acontecimientos de Covadonga, pero, según este autor, la crónica hablaría no de una, sino de dos batallas en las que habría participado Pelayo, ‘una al comienzo de su reino contra Alkama y la otra al final contra todas las fuerzas del emirato bajo el mando de ‘Abd al-Málik, que se confundieron en una sola, la de Covadonga, en la memoria popular’.²⁵ No hay evidencia alguna, sin embargo, de que ninguna de las batallas mencionadas por la *mozárabe* se corresponda con la de Covadonga.

En las crónicas escritas en árabe, al contrario de lo que ocurre con la *mozárabe*, la tradición posterior sí ha determinado que el origen del nuevo reino cristiano se corresponde con el levantamiento de Pelayo. En éstas, las referencias a Pelayo pueden limitarse a cuatro obras fundamentales. En realidad no son sólo cuatro los autores que se refieren a este acontecimiento, sino diez, pero cuatro de ellos aparecen citados en el *Nafh al-Ṭīb* de al-Maqqarī, y dos de ellos (Ibn al-Athīr y al-Nuwayrī) mencionan únicamente un dato relativo a *Ṣakhrat Belāy* (صخرة بلاي)—la roca de Pelayo—. Éstas son las crónicas a considerar:

La crónica titulada *Akhbār Majmū‘a* (أخبار مجموعة), compuesta en torno al año 1000.

El *Fath al-Andalus* (فتح الاندلس), compuesta hacia 1106.

El testimonio de Ibn al-Athīr (1160–1233).

El testimonio de al-Nuwayrī (1278/9–1332).

La obra de Aḥmad ibn Muḥammad ibn ‘Idhārī escrita en torno a 1300 y titulada *al-Bayān al-Mughrib fī Akhbār al-Andalus wa-l-Maghrib* (البيان المغرب في أخبار الاندلس و المغرب).

El *Nafh al-Ṭīb min Ghuṣn al-Andalus al-Raṭīb*

(نفتح الطيب من غصن الاندلس الرطيب) de Aḥmad al-Tilimsānī al-Maqqarī (s. XVII). Y dentro de ésta:

El testimonio de ‘Isā ibn Aḥmad al-Rāzī (segunda mitad del s. X).

El testimonio de ‘Alī ibn Mūsā ibn Sa‘īd al-Maghribī (nac. 1209–14).

El testimonio de Ibn Khaldūn (1332–1406).

El testimonio de Ibn Ḥayyān (987–1076).

24 En el original: ‘Ambiza semis cum quattuor annos principatum Spanie aucte retemat. Qui et ipse cum gentes Francorum pugnas meditando et per directos Satrapes insequendo infeliciter certat. Furtivis vero obreptionibus per lacertorum cuneos nonnullas civitates et castella dimutilando, stimulat sicque vectigalia Christianis duplicata exagitans, fascibus honorum apud Spanias valde triumphat’ (ver Sánchez-Albornoz, *Investigaciones*, 195).

25 Tailhan, *Anonyme de Cordoue*, 41, n. 3 (mi traducción del francés).

Como se puede observar, todas ellas han sido compuestas en los siglos XI, XII y XIV, a excepción del *Nafh al-Trib* que data de principios del s. XVII. A pesar de su tardía composición, esta crónica es también digna de ser tenida en cuenta, ya que ha conservado varias fuentes de la historia de España musulmana que se han perdido después.

El primero de los testimonios a considerar es el que aparece en el *Akhbār Majmū'a*, por ser la crónica más antigua que se ha conservado. Su título podría traducirse como *Colección de tradiciones*.²⁶ Sabemos que fue compuesta hacia el año 1000, y que en ella se recogen fragmentos de los siglos VIII al X.²⁷ Barrau-Dihigo la divide en dos partes, una hasta el advenimiento de Hisham I, que constituiría la parte de mayor valor histórico, y la segunda se extendería hasta incluir el reinado de 'Abd al-Rahman III (r. 961), aunque afirma que la segunda parte es 'sólo una colección trivial de anécdotas y obras en verso'.²⁸ Menciona además la insurrección de Pelayo, aunque reducida a proporciones mínimas. De Pelayo dice:

Okba eligió a España, diciendo: 'Me agrada la guerra santa, y aquel es su palenque'. Recibió, en efecto, el gobierno de España, viniendo en 110 y permaneciendo en ella algunos años, durante los cuales conquistó todo el país hasta llegar a Narbona, y se hizo dueño de Galicia, Álava y Pamplona, sin que quedase en Galicia alquería por conquistar, si se exceptúa la sierra, en la cual se había refugiado con 300 hombres un rey llamado Belay [Pelayo], a quien los musulmanes no cesaron de combatir y acosar, hasta el extremo de que muchos de ellos [los cristianos] murieron de hambre; otros acabaron por prestar obediencia, y fueron así disminuyendo hasta quedar reducidos a 30 hombres, que no tenían 10 mujeres, según se cuenta. Allí permanecieron encastillados, alimentándose de miel, pues tenían colmenas y las abejas se habían reunido en las hendiduras de la roca. Era difícil a los musulimes llegar a ellos, y los dejaron, diciendo: 'Treinta hombres, ¿qué pueden importar?' Despreciáronlos, por lo tanto, y llegaron

26 Lucien Barrau-Dihigo, *Historia política del reino asturiano (718-910)*, trad. E. Fuentes (Oviedo: Biblioteca Histórica Asturiana, 1989), transcribe el título de esta obra como *Akhbār madjmo'ua*, y Ángel González Palencia, *Historia de la literatura árabe-española* (Barcelona: Labor, 1945), como *Ajbar machmúa*.

27 Según Claudio Sánchez-Albornoz, *El Ajbar maymū'a. Cuestiones historiográficas que suscita* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1944) esta crónica habría sido compuesta 'en la cuarta o en la quinta década del siglo XI' (38), pero esta fecha ha sido muy discutida.

28 Barrau-Dihigo, *Historia*, 61. Según este autor, no hay duda de que la crónica 'ignora cómo fue conquistada Galicia (o sea, el noroeste de la Península), y esta ignorancia sorprende, máxime cuando nos ha transmitido la narración de la conquista más digna de crédito' (62). Con este dato está de acuerdo González Palencia, *Historia*, 146, para quien la crónica, de carácter serio y que descarta la mayor parte de leyendas incluidas en el resto de textos árabes, es la más completa en lo relativo a la venida de Taric.

al cabo a ser asunto muy grave, como, Dios mediante, referiremos en su lugar oportuno.²⁹

El relato árabe de la batalla de Covadonga—si lo aceptamos como tal—nada tiene de legendario. Habla más lógicamente de cómo trescientos soldados acaudillados por un tal *Belay* se refugian en una sierra hasta acabar diezmados por las tropas musulmanas. En este momento los treinta hombres restantes se resguardan en ‘las hendiduras de la roca’, alimentándose de miel, y esperan a que las tropas árabes se alejen. A favor de la veracidad de este relato puede aducirse el testimonio de Luis Menéndez Pidal, quien escribiendo en 1956 afirmaba que ‘sorprende ver cómo todavía hoy se conservan estas colmenas al costado derecho de la Santa Cueva, en inaccesible hendidura de la peña, por donde asoman los panales que allí mantienen las abejas desde tan remotos tiempos’.³⁰ Vuelve el *Akhbār Majmū‘a* a mencionar a Pelayo algo más adelante, afirmando que ‘los gallegos se sublevaron contra los musulimes, y creciendo el poder del cristiano llamado Pelayo [...] salió de la sierra y se hizo dueño del distrito de Asturias’,³¹ aunque por la era referida en el manuscrito ya no puede tratarse de Pelayo, sino de las conquistas de Alfonso I el Católico.

En opinión de Emilio Lafuente, tanto el primero como el segundo de los pasajes aquí citados pertenecen a la época de Alfonso I,³² opción totalmente plausible si exceptuamos el hecho de que el cronista llama Pelayo al caudillo de los ástures en dos ocasiones distintas. De todas formas es preciso notar que la cronología del primer pasaje es incorrecta. El año en el que ‘Okba eligió a España’, el 110 del cómputo árabe, se correspondería con el año 728 y es erróneo, ya que el mencionado emir, ‘Uqba ibn al-Ḥajjāj al-Salulī (734–741), llegó a España en el 734, quedando ambas fechas muy alejadas de las postuladas para la batalla de Covadonga. Es lícito pensar, pues, que denominando *Belāy/Balāy* (Pelayo) a todos los primeros caudillos cristianos, el cronista pudiera estar refiriéndose a acontecimientos de la época de Alfonso I, aunque también es cierto que la descripción ofrecida en el primero de los pasajes se corresponde—desmitificada—con los acontecimientos de Covadonga.

Por llegar a un compromiso entre ambos pasajes, parece razonable pensar que el cronista estuviera relatando lo acontecido en Covadonga en el primero de ellos, mientras que en el segundo, ahora sí claramente, tiene que estar refiriéndose a las conquistas de Alfonso I, aunque se refiera al rey como Pelayo. Bien conocida es la tendencia de los cronistas árabes a designar con un nombre común a distintos monarcas, y así por ejemplo el *Nafḥ al-Ṭīb*

29 *Ajbar maymu‘a*, ed. Lafuente, 38–39.

30 Luis Menéndez Pidal, *La cueva de Covadonga: Santuario de Nuestra Señora la Virgen María* (Madrid: Espasa-Calpe, 1956), 30, n. 5.

31 *Ajbar maymu‘a*, ed. Lafuente, 66.

32 *Ajbar maymu‘a*, ed. Lafuente, 230.

relata que Alfonso I fue ‘abuelo de los Banu Alfonso, que consiguieron prolongar su reino hasta hoy’.³³ Además, la referencia al emir de Córdoba ‘Uqba sitúa la acción varios años después de la batalla de Covadonga, de la que, no obstante, tenemos noticia en varias otras fuentes.

Una de ellas es el *Fath al-Andalus (Historia de España)*, que según Mayte Penelas se habría compuesto hacia el año 1106,³⁴ aunque Luis Molina cree necesario precisar que esta fecha es muy poco segura. Para este autor lo único cierto es que el relato sería posterior ‘al 95/1102, año más tardío de los citados en la obra, y anterior al 503/1110’.³⁵ Sánchez-Albornoz aventuraba también un año ligeramente anterior a 1106 para esta crónica, que seguiría a las de al-Rāzī o Ibn Ḥayyān,³⁶ y Ramón Menéndez Pidal únicamente se atrevía a estimar su composición hacia la segunda mitad del siglo XII.³⁷ El *Fath al-Andalus* es una fuente importante por cuanto nos ofrece un amplio relato de la invasión musulmana de al-Ándalus. Narra además el gobierno de los valíes, la venida de los sirios con Balch, el reinado de ‘Abd al-Rahman I, los emires cordobeses anteriores a ‘Abd Allah, y termina describiendo—con extensas lagunas—la historia de los Reinos de Taifas hasta la venida a la Península de las fuerzas almorávides.³⁸ En lo que respecta a Covadonga, el *Fath al-Andalus* ofrece un marco cronológico bastante acertado para situar la rebelión de Pelayo:

En *Safar* del año 103 [agosto de 721] ‘Anbasa ibn Suḥaym al-Kalbī llegó a al-Ándalus como gobernador enviado por Bishr ibn Ṣafwān, gobernador en África del Emir de los Creyentes Yazīd ibn ‘Abd al-Malik [r. 720–724] [...] ‘Anbasa dirigió en persona una incursión contra el país de los francos, logrando victorias y botín. Falleció el año 107 [725–726], cuando regresaba de allí. Su gobierno duró cuatro años y siete meses. En tiempos de ‘Anbasa, un bárbaro perverso, uno de sus nobles, de nombre Balāya b. Fāfila, se sublevó en tierras de Jīllīqiyya contra los árabes que dominaban los confines de esta región, expulsándolos de allí. Gobernó durante dos años, al cabo de los cuales subió al trono su hijo Fāfila hasta su muerte, acaecida en el año 133 [750–751]. Luego gobernó sobre los habitantes de Jīllīqiyya Adfunsh ibn Bītra, antepasado de esos Banū Adfunsh cuyo poder continúa hasta hoy.³⁹

33 Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, 232.

34 Mayte Penelas, *La conquista de al-Andalus* (Madrid: CSIC, 2002), xviii.

35 Luis Molina, *Fath al-Andalus* (Madrid: CSIC, 1994), xxxi–xxxii.

36 Sánchez-Albornoz, *Investigaciones*, 201. Véase también Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, donde el autor añade que ‘no es imposible que su autor fuese de origen hispano. Que el *Fatho al-Andalusī* se escribió antes del 1106 resulta evidente, pues el autor llama Emir de los creyentes a Yúsuf ben Texufīn, muerto en esa fecha’ (272).

37 Ramón Menéndez Pidal, *Floresta de leyendas heroicas españolas: Rodrigo, el último godo*, 3 vols (Madrid: Espasa-Calpe, 1958), I, xl.

38 Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, 273.

39 Penelas, *La conquista de Al-Ándalus*, 38.

El relato del *Fath al-Andalus* es de extrema importancia, ya que es uno de los testimonios que casi con total seguridad toman sus datos de la (perdida) *Crónica del moro Rasís*, sobre todo en lo concerniente a la rebelión de Pelayo.⁴⁰ Establece además numerosos datos que sabemos hoy ciertos, como el nombre del padre y el hijo de Pelayo [Fāfila], la dominación árabe de los confines de Galicia, y la importancia otorgada a Alfonso I, de quien se apunta además—correctamente—que era hijo de Pedro, el duque de Cantabria. Sólo en un par de detalles se equivoca el cronista, al limitar la duración del reinado de Pelayo a dos años, y al situar la muerte de Favila en torno al año 750. Pero de las discrepancias entre las distintas crónicas me encargaré más adelante. Además, al especificar que la rebelión de Pelayo tuvo lugar en tiempos de ‘Anbasa, y que éste llegó a la Península en el 721 y falleció en el 725–26, el *Fath al-Andalus* se coloca a la cabeza de las fuentes documentales que nos permiten postular la fecha de 722 para la batalla de Covadonga.

Unos doscientos años más tarde, un historiador marroquí conocido como Aḥmad ibn Muḥammad ibn ‘Idhārī se tomó la molestia de compilar fragmentos importantes de antiguas crónicas para redactar su *al-Bayān al-Mughrib fī Akhbār al-Andalus wa-l-Maghrib* (*Caída del Califato de Córdoba y los reyes de Taifas*). Es por esto quizás que Sánchez-Albornoz ha calificado esta obra de gran cementerio de historias árabes perdidas,⁴¹ ya que muchas de las fuentes consultadas por Ibn ‘Idhārī no se conservan hoy día. Por ello, este libro es de crucial importancia para la historia de la ocupación árabe de la Península Ibérica, pero poco o nada conocemos sobre su autor. A nosotros nos interesa en cuanto recoge un fragmento donde se relata muy someramente una batalla que bien podría ser la de Covadonga:

Y yo he visto en algunos libros algemíes que los musulimes llegaron hasta Medina Loton, capital de los francos, no quedando a la gente del Islam cosa de que no se apoderaran de cuanto está detrás de aquella ciudad, a excepción de los montes de Çaracoxa [Zaragoza] y los montes de Babeluna [Pamplona] y una peña de Galiquia [noroeste de España]; en cuanto a esta peña no quedaron en ella con el rey de Galiquia trescientos hombres, que hubieran perecido con el hierro y el sitio; pero cuando no quedaban sino trescientos [*sic*], advirtiéndolo los que se habían detenido en sitiarlos, teniéndolos en poco los dejaron; mas ellos no cesaron de aumentarse hasta que fueron causa de la salida de los musulimes de Galiquia que es Caxtilia [Castilla].⁴²

40 Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, 277.

41 Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, 35.

42 Francisco Fernández González, *Historias de al-Ándalus por Aben Adharí de Marruecos; traducidas directamente del arábigo y publicadas con notas y un estudio histórico-crítico* (Granada: Francisco Ventura y Sabatel, 1860), 39–40.

De nuevo vemos cómo este fragmento se refiere a los trescientos cristianos refugiados en una ‘peña’ y al desprecio de los musulmanes por los pocos que quedaron,⁴³ desprecio que fue la causa de que los cristianos acrecentasen su número y acabasen conquistando ya no Asturias, sino ‘Castilla’. Parece claro que el cronista se refiere a la batalla de Covadonga, de nuevo sin los elementos fantástico-maravillosos de las crónicas asturianas, pero al hablar también de la reconquista de otras partes de la península está haciendo referencia además a acontecimientos muy posteriores. Pelayo y Covadonga, totalmente desmitificados (aquí ni siquiera se menciona al héroe) quedan siempre relegados a un papel secundario.

Un historiador de Tlemcen (hoy, Argelia), Aḥmad al-Tilimsānī al-Maqqarī, escribió a principios del s. XVII su obra más ambiciosa, cuyo título completo es *Nafḥ al-Tīb min Ghuṣn al-Andalus al-Ratīb* (*El aire perfumado de la rama de la verde Andalucía*). Este libro recoge fragmentos de obras—perdidas hoy también—sin un gran método, pero con exactitud. La primera mención a Pelayo es de suponer que sea del propio al-Maqqarī, aunque no especifique de dónde se ha copiado. Esta referencia es algo confusa, ya que se corresponde con la conquista de Galicia por parte de Mūsā. Al-Maqqarī relata cómo Mūsā, llevado de su ímpetu por conquistar Galicia, sobornó al mensajero que el califa había enviado para exigirle que regresara a la corte. Mūsā le ofreció la mitad de las ganancias en la conquista de Galicia si éste consentía en acompañarle a territorio enemigo un par de días antes de regresar a Damasco. En este momento la fuente afirma que Mūsā y Mugīth

llegaron a las fronteras del territorio enemigo y conquistaron la fortaleza de Bézú [¿Viseo?], y el castillo de Lúk [Lugo], donde se detuvieron algún tiempo. Desde allí Musa envió algunas de sus tropas, que alcanzaron la roca de Belay [Pelayo] a orillas del Mar Verde, destruyendo en su camino todas las iglesias, y rompiendo todas las campanas. Los cristianos se rindieron por doquier, y pidieron humildemente la paz, que les fue concedida siempre y cuando pagaran tributos.⁴⁴

Como acabamos de afirmar, el pasaje es confuso en sí. No menciona la batalla de Covadonga, pero sí la ‘roca de Pelayo’ a orillas del ‘Mar Verde’, lugar que volverán a mencionar otras crónicas. El problema con este pasaje es que sabemos que cuando Mūsā regresó a Damasco el califa al-Walīd I ya había muerto, con lo que los acontecimientos relatados por al-Maqqarī tienen que

43 El texto dice literalmente que de trescientos quedaron trescientos, pero es probablemente una errata por treinta, como se lee en el *Akhbār Majmū‘a* y en los relatos de Ibn Ḥayyān y al-Rāzī.

44 Pascual de Gayangos, *A History of the Mohammedan Dynasties in Spain, extracted from the Nafḥ-t-tīb min ghoṣni-l-andalusi-r-rattīb wa tārīkh lisānu-d-dīn ibni-l-khattīb*, 2 vols (London: Oriental Translation Fund of Great Britain and Ireland, 1840–1843), I, 290 (mi traducción del inglés).

ser anteriores al 715. Y no es factible que el monte Auseva se conociera entonces ya como 'la roca de Pelayo', lo cual evidencia que la referencia es— como otras muchas—una interpolación posterior.

Sigue una mención debida a Ibn Khaldūn (1332–1406), historiador tunecino de padres españoles, conocido principalmente por su *al-Muqaddima* (المقدمة).⁴⁵ En esta obra relata cómo los godos fueron casi exterminados por los árabes y cómo los 'gallegos' tuvieron que refugiarse en las montañas de Castilla y en Narbona, pero este pasaje no añade dato alguno de interés.

La siguiente referencia procede del *al-Muqtabis fī Akhbār al-Andalus* (المقتبـس في أخبار الأندلس), o *Libro del que desea conocer la historia de España*,⁴⁶ del cordobés Ḥayyān ibn Khalaf ibn Ḥusayn ibn Ḥayyān (987/8–1076), el historiador más importante de este período o, en otras palabras, el *amīr mu'arrikhī al-Andalus*—el príncipe de los historiadores de al-Ándalus—, como lo ha calificado Mayte Penelas.⁴⁷ El pasaje citado por al-Maqqarī es interesante por recoger un fragmento perdido, ya que aunque el original de Ibn Ḥayyān constara de diez volúmenes—desde la conquista de Ṭāriq hasta la época del autor—sólo se conservan manuscritos de dos partes: una del reinado del emir 'Abdala ['Abd Allāh], y otra de parte del de Alhaquem II [al-Ḥakam II].⁴⁸ El relato de la insurrección de Pelayo, pues, corresponde a una de las partes perdidas de la obra de Ibn Ḥayyān, quien afirma que en tiempos de 'Anbasa

se sublevó en tierras de Galicia un despreciable bárbaro llamado Belay [*Pelayo*], y habiendo reprendido a sus compatriotas por su deshonrosa dependencia [de los árabes] y su cobardía en la lucha, comenzó a arengarles para que vengaran las injurias del pasado, y para expulsar a los musulimes de la tierra de sus padres. Desde este momento los cristianos de Ándalus [*España*] comenzaron a resistir los ataques de los musulimes en los distritos que habían quedado en su posesión, y comenzaron también a defender a sus mujeres e hijas, algo para lo que no habían mostrado inclinación hasta ese momento. El comienzo de la rebelión fue así: No quedaba ciudad, pueblo o villa en Galicia que no estuviera en manos de los musulimes, con la excepción de una elevada montaña en la que Pelayo se refugió con un puñado de hombres. Allí sus seguidores comenzaron a morir de hambre, hasta que se vieron reducidos a treinta hombres y diez mujeres, sin tener más comida o sustento que la miel que se encontraba en los recovecos de la cueva que ellos mismos habitaban, como tantas abejas. De todas maneras, Pelayo y sus hombres se hicieron fuertes en las asperezas de la montaña hasta que los musulimes estuvieron preparados

45 En realidad la *Muqaddima* es el material de introducción a su historia general, *Kitāb al-Ṭbar*.

46 También entonces *Kitāb al-Muqtabis fī Ta'rikh al-Andalus*.

47 Penelas, *La conquista de al-Ándalus*, 55, n. 126.

48 González Palencia, *Historia*, 153.

[para el ataque], pero viendo que eran tan pocos hombres, no hicieron caso a lo que se les había aconsejado, y dejaron que los cristianos se hicieran fuertes, diciendo: ‘¿Qué nos importan treinta bárbaros en una roca?—No les queda sino morir’. Ojalá hubiera querido Dios que los musulimes hubieran apagado las chispas de un fuego que estaba destinado a consumir todos los dominios del Islam en esas partes.⁴⁹

El relato sigue en lo esencial al resto de testimonios que hemos analizado, pero añade un dato esencial, el hecho de que la batalla se produjo en tiempos del emir ‘Anbasa, ofreciéndonos una fecha muy exacta para el desarrollo de los acontecimientos.

Al-Maqqarī completa el pasaje con citas de ‘Alī ibn Mūsā ibn Sa‘īd al-Maghribī, de la familia de los Ibn Sa‘īd, que redactaron el *al-Mughrib fī Hulā al-Maghrib* (المغرب في حلى المغرب), una historia completa de al-Ándalus. En esta obra trabajaron ‘Abd Allāh ibn Mālik ibn Sa‘īd (m. 1194), sus hijos Muḥammad (1125–1193) y Aḥmad (m. 1163), y su bisnieto ‘Alī. Éste nació entre 1209 y 1214 en Alcalá la Real. Estudió lengua y poesía en Sevilla, y también en ciudades como El Cairo, Bagdad, Alepo o Damasco. La obra de Ibn Sa‘īd es importante porque de ella se compone gran parte de la obra de al-Maqqarī.⁵⁰ Tras relatar la insurrección de Pelayo, al-Maqqarī se lamenta de que no se hubiera puesto remedio al levantamiento en su momento, ya que Pelayo y sus compañeros fueron las chispas de ‘un fuego que iba a consumir todos los dominios del Islam en esas partes’, y refiere al autor que acabamos de mencionar para completar la historia:

Porque como Ibn Sa‘īd ha observado juiciosamente, ‘el desprecio que en aquella ocasión mostraron los musulimes por esa montaña y los pocos desgraciados que se refugiaron en ella, se volvió con el tiempo la causa principal de numerosas conquistas que la posteridad [los descendientes] del mismo Pelayo hicieron en territorio musulmán’. ‘Conquistas’—añade el excelente historiador—‘que se han hecho tan numerosas últimamente que el enemigo de Dios ha reducido varias ciudades; e incluso en el momento en el que escribo, la magnífica ciudad de Córdoba, la espléndida capital del Imperio árabe de Ándalus, la corte de los califas de la ilustre casa de los Omeyyas, ha caído en manos de los infieles. ¡Que Dios los aniquile a todos!’ Ibn Sa‘īd tenía razón; las fuerzas de Pelayo se incrementaron hasta que se declaró abiertamente en rebelión. Le sucedió Alfonso, el progenitor de todos los reyes cristianos conocidos por ese nombre.⁵¹

El relato debido a Ibn Sa‘īd ofrece tan escasos datos—meramente una referencia a la roca de Pelayo—que ni siquiera merece tenerse en cuenta al

49 Gayangos, *A History*, II, 34 (mi traducción del inglés).

50 González Palencia, *Historia*, 176–77.

51 Gayangos, *A History*, II, 35 (mi traducción del inglés).

analizar las crónicas. Sin embargo, una última mención en el *Nafh al-Tīb* vuelve a ser importante. Esta vez al-Maqqarī toma su relato nada menos que de la obra de ‘Isā ibn Aḥmad al-Rāzī, el tercero de los al-Rāzī:

Ya hemos comentado, bajo la autoridad de muchos historiadores, que el primer cristiano que reunió en torno a sí a sus hombres y mostró signos de rebeldía tras la conquista de Andalucía por los árabes fue un bárbaro llamado Belāy [Pelayo], del pueblo de los Ashturish [ástures] en Galicia, que durante el emirato de al-Ḥurr ibn ‘Abd al-Raḥmān, el segundo gobernador de al-Ándalus, se escapó de Córdoba, donde estaba retenido como rehén para garantizar la seguridad de sus compatriotas, y se escapó a las montañas de donde era natural. Este acontecimiento tuvo lugar seis años después de la conquista de Andalucía, es decir, en el año 98 [716–717] de la hégira. Los cristianos [de esas partes], habiéndose rebelado contra el lugarteniente de al-Ḥurr, le echaron del país y se hicieron con él. El historiador ‘Isā ibn Aḥmad al-Rāzī relata este hecho de manera diferente. Él dice que ‘en los días de ‘Anbasa ibn Suḥaym al-Kalbī [gobernador de Andalucía], se levantó en tierras de Galicia un despreciable bárbaro llamado Belāy [Pelayo], que fue el primero entre los cristianos que mostró signos de rebeldía. Este hombre comenzó a arengar a los francos para que expulsaran a los musulimes de aquellos distritos que aún poseían, algo para lo que nunca habían mostrado ninguna inclinación. Los musulimes en aquel tiempo eran los dueños de [casi] toda Andalucía, y habían expulsado a los cristianos [de los distritos que ocupaban]. Sus conquistas habían llegado hasta Ariunah [Narbona], que ocuparon, y también habían reducido la ciudad de Banbilunah [Pamplona] en Galicia, así que no quedaba nada [en manos de los cristianos] excepto una cordillera de montañas a donde habían escapado. Aquí un príncipe llamado Belāy [Pelayo] se refugió con trescientos de sus seguidores, y los musulimes no cesaron de perseguirles y atacarles hasta que la mayoría de ellos murieron de hambre, y Pelayo quedó sólo con treinta hombres y diez mujeres, cuyo único sustento consistía en la miel que sacaban de las hendiduras de la cueva. De esta manera se sustentaban hasta que se informó a los musulimes [de su existencia], pero éstos los despreciaron diciendo: ‘¿Qué importan treinta bárbaros? No les queda más que ser destruidos, y nos libraremos de ellos’. Pero ocurre que su fuerza y su número se ha incrementado desde entonces en tal proporción que ya no pueden ser contenidos. Este Pelayo murió en el año 133 [comienza el 8 de agosto de 750], habiendo reinado diecinueve años, y fue sucedido por su hijo Fāfilah [Favila], que reinó dos años. A Fāfilah le sucedió Adefonsh [Alfonso], hijo de Beytro o Pedro, el progenitor de la familia [real] de los Alfonsos, que ahora reinan, y que han recuperado lo que los musulimes les habían quitado de su país.⁵²

52 Gayangos, *A History*, II, 260–61 (mi traducción del inglés).

Los pasajes arriba mencionados constituyen la totalidad de testimonios árabes acerca de la rebelión de Pelayo. Por razones de exhaustividad podrían alegarse los testimonios de *al-Kāmil fī al-Ta'rikh* (الكامل في التاريخ) de 'Izz al-Dīn Abu al-Ḥasan 'Alī ibn al-Athīr (1160–1233) y de la monumental obra de al-Nuwayrī (1278/9–1333),⁵³ de unas nueve mil páginas en treinta y un volúmenes, titulada *Nihāyat al-Arab fī Funūn al-Adab* (نهاية العرب في فنون الادب). Estos dos autores, sin embargo, únicamente mencionan la *Ṣakhrat Belāy*—la roca de Pelayo—, que además parece ser el dato más repetido por los cronistas.⁵⁴ De ella sabemos por los pasajes de Ibn al-Athīr y al-Nuwayrī que acabamos de considerar, pero hablan también de ella Ibn 'Idharī, al-Maqqarī, y ya dentro del texto de este último, Ibn Ḥayyan (*elevada montaña*), Ibn Sa'īd (*montaña*) y al-Rāzī (*cordillera de montañas*). Únicamente el *Akhbār Majmū'a* ofrece la variante de *sierra*. De la misma manera el 'Mar Verde' parece referirse a la Bahía de Vizcaya, aunque de manera más general designaría a todo el Océano Atlántico. De todas formas no conviene sacar ninguna conclusión de la variedad de nombres con los que los traductores han traducido *al-Ṣakhrat Belāy*, ya que todos parecen estar refiriéndose al mismo accidente geográfico.

Por otra parte, únicamente el *Fath al-Andalus* afirma que el nombre del padre de Pelayo era Favila, pero coincide con 'Isā al-Rāzī en que el nombre del hijo también era éste. El *Akhbār Majmū'a*, Ibn 'Idharī y al-Rāzī afirman que Pelayo se refugió con trescientos hombres, y todas estas fuentes afirman también que sus fuerzas quedaron reducidas a treinta hombres y diez mujeres.⁵⁵ A éstas puede añadirse Ibn Ḥayyān, que no se hace eco de los trescientos hombres, pero afirma que las tropas de Pelayo quedaron reducidas a treinta hombres y diez mujeres. Únicamente el *Akhbār Majmū'a*, Ibn Ḥayyān e 'Isā al-Rāzī mencionan que los hombres de Pelayo se

53 Su nombre completo era Shihāb al-Dīn Aḥmad ibn 'Abd al-Wahhāb al-Bakrī al-Tamīmī al-qurashī al-Shāfi'.
 54 El primero de ellos afirma, según la traducción de Edmond Fagnan, *Annales du Maghreb et de l'Espagne* (Algiers: Adolphe Jourdan, 1898), 48–49, que Mūsā 'volvió de nuevo entonces sobre sus pasos, y se entrevistó con un mensajero que le enviaba el califa al-Walid con la orden de abandonar España y de venir a encontrarse con él; pero descontento de esta orden evitó responder al enviado y atacó al enemigo por otra parte distinta a la de la estatua, matando y pillando todo, destruyendo las iglesias y rompiendo las campanas. Llegó así hasta la roca de Belay [Pelayo], sobre el Océano [el original lee Mar verde], un lugar elevado cuya situación es fuerte' (mi traducción del francés). Al-Nuwayrī, por su parte, repite exactamente la misma historia, afirmando que en el momento en el que el emisario del califa ordenó a Mūsā que regresase a Damasco, 'Muza recibió mal esta orden, dio largas al embajador del califa y entre tanto atacó a otras regiones enemigas, distintas de aquella de la estatua, matando a sus defensores, cautivando a sus habitantes, destruyendo las iglesias y quebrando sus campanas, hasta llegar a Sajra-Pelayo [Roca de Pelayo], situada sobre el Mar Verde [Océano Atlántico]'. Véase Mariano Gaspar Remiro, *Historia de los musulmanes de España y África*, 2 vols (Granada: Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, 1917), II, 31.

55 Recordemos que Ibn 'Idharī se equivoca y lee 'trescientos' por 'treinta', pero es obvio que su fuente original se hacía eco de que el ejército de Pelayo quedó—literalmente—diezmado.

alimentaban de miel, pero me parece que ya queda claro que todas estas fuentes se basan en un modelo común, como veremos a continuación.

Las discrepancias más reveladoras en las crónicas son las siguientes. Sólo al-Maqqarī, citando a antiguos historiadores, revela que Pelayo fue rehén en Córdoba y que escapó alrededor del año 716–717, un dato importantísimo del que no parece lógico dudar, si lo contrastamos con lo dicho en las fuentes cristianas. Existe confusión entre los relatos del *Fath al-Andalus* y de al-Rāzī, aunque es evidente que comparten fuente también. Mientras que en el primer relato se afirma que Pelayo gobierna dos años y que su hijo Favila fallece en 750–51, al-Rāzī se acerca un poco más a la cronología propuesta por la crítica, afirmando que es Pelayo el que muere en 750, tras haber reinado diecinueve años, y que es Favila el que reinó sólo dos. Respecto a la fecha en la que los distintos cronistas datan la rebelión de Pelayo encontramos tres posibilidades. O bien tuvo lugar en tiempos de ‘Uqba (r. 734–741), como relata el *Akhbār Majmū‘a*; en tiempos de al-Ḥurr (r. 716–719), según nos dice al-Maqqarī; o bien en tiempos de ‘Anbasa (r. 721–725/726), como relatan el *Fath al-Andalus*, al-Rāzī e Ibn Ḥayyān.

Es importante notar aquí que el relato de al-Maqqarī, como él mismo afirma, difiere de lo descrito por al-Rāzī: ‘El historiador ‘Isā ibn Aḥmad al-Rāzī relata este hecho *de manera diferente*’ (la cursiva es mía).⁵⁶ Esto es importante en cuanto ambos aportan datos que podrían llevarnos a fechar la batalla de Covadonga. Según al-Maqqarī ésta habría tenido lugar específicamente ‘seis años después de la conquista de al-Ándalus, es decir, en el año 98 de la hégira [año 716–717]’, o si no durante el emirato de al-Ḥurr ibn ‘Abd al-Raḥmān, entre los años 716 y 719. Para al-Maqqarī, pues, la insurrección de Pelayo y la batalla de Covadonga tuvieron que producirse, o antes del 715 (según la expedición de Mūsā que relató anteriormente), o bien entre el 716 y el 719, fechas que sí se corresponden con la propuesta para el nombramiento de Pelayo como líder de los ástures (718), pero que parecen algo tempranas para la batalla de Covadonga. Testimonio distinto es el de al-Rāzī, que coincide con Ibn Ḥayyān en situar los hechos durante el emirato de ‘Anbasa (r. 721–725), fechas que la crítica ha tomado como las más plausibles para la batalla.

En conclusión, considerando todos los testimonios que hemos recogido pudiera parecer que la historiografía árabe nos ofrece un variado elenco de datos sobre Pelayo y Covadonga. Sin embargo, un análisis más cercano demuestra que esto no es así. Veamos por qué.

Para empezar, no es casualidad que el testimonio más antiguo que se conserva (gracias a la labor recopiladora de al-Maqqarī) sea, a su vez, el más completo. Escribiendo a finales del s. X, ‘Isā al-Rāzī relata (a) que el hijo de Pelayo se llamaba Favila, (b) que el héroe se refugió con trescientos seguidores, (c) de los que únicamente quedaron treinta hombres y diez

56 Gayangos, *A History*, II, 260 (mi traducción del inglés).

mujeres, (d) que la batalla ocurrió entre el 721 y el 726, (e) que éstos se alimentaban de miel, (f) que el lugar se denominaba ‘roca de Pelayo’ o algún nombre similar, y (g) que Pelayo muere (erróneamente) en el 750–751 tras haber reinado diecinueve años.

No es casualidad tampoco que ‘Isā sea precisamente hijo de Aḥmad al-Rāzī, autor de la influyente (y perdida) *Akḥbār Mulūk al-Andalus* (*Crónica del moro Rasís*). De esta crónica conservamos un testimonio muy, muy parcial, y su transmisión manuscrita es muy intrincada,⁵⁷ pero sabemos de su importancia por la influencia que tuvo en cantidad de obras posteriores, en particular el *De rebus Hispaniae* del arzobispo Jiménez de Rada. No me cabe duda alguna de que el relato de la batalla de Covadonga que los autores árabes parecen repetir una y otra vez se remonta a la perdida crónica de Aḥmad al-Rāzī. Y de momento (a falta de descubrir algún nuevo manuscrito) no hay posibilidad de postular ninguna fuente anterior.

Únicamente el *Fath al-Andalus* (c.1106) y el *Nafh al-Ṭīb* (s. XVII) añaden dos datos no contenidos en este primer testimonio. El *Fath al-Andalus* afirma que el padre de Pelayo se llama, como el hijo, Favila, y el *Nafh al-Ṭīb* añade que Pelayo fue rehén en Córdoba hacia el año 716–717. El dato exclusivo al *Fath al-Andalus* se explica fácilmente por una interpolación posterior o, si se quiere, por el hecho de que era costumbre extendida que los nietos tomaran el nombre del abuelo, aunque la interpolación posterior es hipótesis mucho más fiable. Respecto a la estancia de Pelayo en Córdoba, una falsa embajada de Pelayo a esta ciudad aparece ya en la versión *Rotense* (c.883) de la *Crónica de Alfonso III*, y pasa a la historiografía castellano-leonesa en la crónica *Najerense* (c.1160), en el *Chronicon mundi* (c.1236) de Lucas de Tuy, y en el citado *De rebus Hispaniae* (1243). No creo que al-Maqqarī, en el s. XVII, haya tenido problema alguno en localizar este dato en otra crónica.

57 El marco genealógico y geográfico que precede a la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral es muy probablemente una traducción castellana de la copia portuguesa de la *Crónica do mouro Rasís*. Su testimonio más completo es el que se conserva en la *Crónica geral de Espanha de 1344* que mandó componer el conde de Barcelos, don Alfonso. De los manuscritos portugueses no se conserva ninguno, y todos los manuscritos castellanos son del siglo XV: MS *Ca* (Biblioteca de la Catedral de Toledo) Caj. 26, núm. 24; MS *Es* (Biblioteca de El Escorial X-i-12); MS *Mo* (Biblioteca Particular de María Brey Mariño, viuda de A. Rodríguez Moñino). Existe, no obstante, un manuscrito de la Biblioteca de Copenhague del siglo XV que conserva una *Crónica del moro Rasís* en apariencia completa. Véase el Apéndice: Manuscrito de Copenhague. Versión facticia e interpolada por Gabriel Rodríguez de Escabias. s. XVII, en *Crónica general de España de 1344*, ed. Diego Catalán Menéndez Pidal y María Soledad de Andrés (Madrid: Gredos, 1975), 285–376. A su vez, la *Crónica do mouro Rasís* en la que se basan las traducciones castellanas fue, de acuerdo con J. D. Fogelquist, una traducción portuguesa de la obra de al-Rāzī hecha por Gil Pérez, capellán de Pero Anes de Portel, a petición del Rey Dinis (Pedro del Corral, *Crónica del rey don Rodrigo postrimero rey de los godos*, ed. J. D. Fogelquist, 2 vols [Madrid: Castalia, 2001], I, 12). Pero ocurre que no se nos ha conservado ningún original árabe de al-Rāzī, ni tampoco de la versión portuguesa original, aunque André de Resende cita el original portugués varias veces a mediados del siglo XVI.

Dejando a un lado estas dos excepciones, a partir de aquí todo son repeticiones o errores. Hacia el año 1000 el *Akhbār Majmū'a* repite más o menos el mismo episodio descrito por al-Rāzī. Relata (*b*) cómo el héroe se refugió con trescientos seguidores, (*c*) de los que únicamente quedaron treinta hombres y diez mujeres, (*e*) que éstos se alimentaban de miel, y (*f*) que el lugar se denominaba 'roca de Pelayo' o similares. Se equivoca, no obstante, en la fecha de la batalla (*d*), que sitúa hacia los años 734–741.

Todavía alrededor del año 1000, Ibn Ḥayyān continúa repitiendo (*c*) que las tropas fueron diezmadas a treinta hombres y diez mujeres—sin citar (*b*) por parecerle innecesario—. Además, sitúa (*d*) la fecha de la batalla entre el 721 y el 726, habla de (*e*) cómo los soldados se alimentaban de miel, y (*f*) que el lugar se denominaba 'roca de Pelayo'.

Hacia el año 1106 el *Fath al-Andalus* interpola, como hemos visto, el nombre del padre de Pelayo, y repite (*a*) el nombre de su hijo, y (*d*) que la batalla ocurrió entre el 721 y el 726. Se equivoca, por transposición, en (*g*) citando la misma fecha para la muerte de Pelayo (750–751), pero afirmando que sólo reinó dos años—no diecinueve—. Es su hijo Favila el que en realidad sólo reinó dos años.

Hacia el año 1300 Ibn 'Idharī aporta únicamente (*b*) que los hombres de Pelayo eran trescientos, y se equivoca—por ditografía—en (*c*) diciendo que éstos quedaron reducidos a trescientos [*sic*]. Además cita (*f*) que el lugar se denominaba 'roca de Pelayo'.

Por último, al-Maqqarī, en sus propias adiciones a las antiguas crónicas que recopila, interpola la estancia de Pelayo en Córdoba, y ofrece una fecha alternativa para la batalla de Covadonga, (*d*) situándola antes del 715 o entre el 716 y el 719. Menciona además (*f*) la 'roca de Pelayo', pero esto es todo.⁵⁸

En definitiva, parece de sobra evidente que todos los testimonios árabes que se conservan de la existencia de Pelayo y la batalla de Covadonga responden a un mismo arquetipo, que muy probablemente remita al texto perdido de la crónica compuesta por Aḥmad al-Rāzī (887–955). No en vano es el testimonio de su hijo 'Isā el más antiguo (en copia del s. XVII) y completo de los que se conservan. Además, la imposibilidad de remontarse a un original anterior al siglo X, o de contrastar la versión de Aḥmad al-Rāzī con otras fuentes, arroja dudas respecto a la veracidad de la historia aquí contenida. Lo esquemático y simbólico de los datos aportados por las fuentes árabes podría ser significativo de que, a pesar de su brevedad, el relato original en el que se basan todas ellas es de naturaleza tan fabricada como el de las crónicas del norte.

Es cierto que mientras las crónicas *Albeldense* y *Alfonsina* han convertido el episodio de Covadonga en un escenario sobrenatural lleno de elementos fantástico-maravillosos, las crónicas árabes están exentas (en este episodio) de

58 Ibn Sa'īd, Ibn al-Athīr y al-Nuwayrī sólo mencionan (*f*) la 'roca de Pelayo', e Ibn Khaldūn no ofrece dato alguno de interés.

lo que Jacques LeGoff ha clasificado como *mirabilis*.⁵⁹ Es necesario matizar, pues, que las crónicas de ambos bandos han exagerado exclusivamente los episodios en los que sus tropas resultan vencedoras: Covadonga en el caso cristiano, y virtualmente cualquier otra batalla para el caso árabe. A la hora de narrar la conquista de la Península Ibérica, los textos árabes no dudan en utilizar multitud de leyendas y relatos sobrenaturales (de hecho, muchos más que las crónicas cristianas), pero al llegar a la decisiva batalla de Covadonga la brevedad de las crónicas árabes es sospechosa. Motivos literarios como (por ejemplo) la miel consumida por los cristianos, a quienes se compara con el enjambre de abejas enquistado en la roca, o de manera más importante el simbolismo de números como 30 ó 300, hacen dudar de cuán histórico es en realidad el testimonio de estas fuentes, y hacen suponer que el relato se ha redactado de manera opuesta a las fuentes cristianas, pero haciendo uso—al fin y al cabo—de un lenguaje retórico y literario. Tan cierto es que no hubo 187.000 soldados árabes en Covadonga—como exageran las crónicas del norte—como que los hombres de Pelayo no eran (simbólicamente) 300, como afirman las árabes.

De todas maneras, la importancia de estos textos no reside únicamente en los pocos datos esclarecedores que pueden ofrecernos sobre Pelayo o Covadonga. Estas crónicas nos ofrecen una versión completamente distinta del acontecimiento más importante de la vida del primero de los reyes de Asturias, y suponen un testigo de excepción en el desarrollo (paralelo) de su leyenda desde el s. X al XVII. Mientras que en los relatos cristianos de la Edad Media y Siglo de Oro encontramos refundición tras refundición de la leyenda, aumentándola, ajustándola a la ideología de la época, los relatos árabes recogen exclusivamente una versión oficial que se ha mantenido inamovible en todos los textos que la han transmitido.

59 En oposición a los elementos sobrenaturales clasificados como *magicus* (asociados a la magia) o *miraculosus* (que necesitan de un elemento religioso-cristiano). Los primeros también están presentes en las crónicas árabes, sobre todo al relatar la conquista de Hispania. Los segundos son, generalmente, patrimonio de las crónicas cristianas; las mismas crónicas que han modificado el episodio de Covadonga (entre otros) para convertirlo en un milagro. Véase Jacques LeGoff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval* (Barcelona: Gedisa, 1985), 13.